

Laín Entralgo y su visión del «98»

Para el ser humano es mucho más fácil encontrar la paz de los sentidos que la de los sentimientos.

Giovanni Arpino

Si tal ocurre, la verdad sobre todo, que yo la verdad de mi sentir digo.

Pedro Laín Entralgo.

La palabra escrita me enseñó a escuchar la voz humana... En cambio, posteriormente, la vida me aclaró los libros.

Marguerite Yourcenar.

El libro de Pedro Laín Entralgo *La generación del 98* acaba con un «Epílogo en tres tiempos». En el segundo de ellos, titulado «Quod erat demonstrandum», el autor resume el propósito de su trabajo: «con mi libro me he propuesto demostrar a mi modo, que el grupo de escritores habitualmente llamados del 98 constituye una verdadera generación española y literaria».¹

Muchas palabras se habían pronunciado y mucha tinta había corrido antes de la aparición de esta entrega que Pedro Laín hizo en la primera coda de su producción ensayística, pero las conjeturas sobre la existencia y sobre todo la denominación y homogeneidad de esta generación seguían siendo múltiples y variadas. Fue Laín Entralgo el primero que se propuso, en un trabajo serio y extenso, la comprobación definitiva de la existencia de una generación llamada del 98, trabajo que representa un paso gigantesco hacia esa verdad que hoy, gracias a él y a otros eruditos, admitida como algo indiscutible. Existe una generación literaria en España llamada Generación del 98. No olvidemos que el libro de Laín vio la luz en 1945, cuando el tema estaba aún candente y se discutía con vehemencia su veracidad. Si no recuerda mal el que esto escribe, tres miembros de aquella generación estaban aún entre nosotros, Menéndez Pidal, Azorín y Pío Baroja, el último de los cuales siempre se había negado a ser encasillado en una generación en la que no creía y a la que llamaba «generación fantasma», rechazando de plano la existencia de un grupo unísono y de un espíritu generacional. Como él, Unamuno y otros, tampoco estuvieron de acuerdo ni con la denominación ni con la pertenencia y de ello dejaron constancia en sus escritos. A pesar de todo, Laín Entralgo continúa en el capítulo mencionado adentrándose en el

¹ Laín Entralgo, Pedro, *La Generación del 98*. Madrid 1945, primera edición, p. 452. (Todas las citas de este trabajo referentes a esta obra se harán de acuerdo con esta primera edición.)

propósito que le guía, y después de hablar de «instancias históricas», «aceptación del mundo que les tocó vivir», «coincidencias y rechazos», se plantea la cuestión definitiva: «¿Qué parecido existe entre todos los modos individuales de aceptar, rechazar, crear, proyectar y soñar?»² Es decir, ¿existe de verdad una generación? El mismo se contesta: «En las páginas precedentes, creo haber dado respuesta a todas las interrogaciones anteriores referidas al grupo de escritores llamados del 98, y a lo que de español hay en sus vidas. Con cuantas lagunas e imperfecciones se quiera, creo haber descrito la “biografía” de un parecido generacional entre los literatos que constituyen el grupo del 98».³ Sobre esta afirmación va a versar el trabajo que nos ocupa.

Sin embargo, antes de entrar de lleno en el mismo, nos gustaría hacer un inciso que de algún modo con él se relaciona. Dos palabras llaman la atención en los párrafos citados: *española* en el primero y «*biografía*» en el segundo. La hispanidad de los hombres de la Generación del 98 fue patente a lo largo de su vida y a lo ancho de su producción literaria. Al demostrar que existía una generación literaria apodada, tan significativamente, «del 98», quedaba implícitamente demostrada su condición de española y aceptada a priori su hispanidad, condición *sine qua non* para existir. Casi no hizo falta que hablaran en sus libros de España, pues todo en ellos fue España. Ocurre como cuando se habla en poesía de poetas y poemas dedicados a España y se incluyen sólo aquellos que exaltan la patria, mencionándola con nombre y dos apellidos. Es injusto. El poeta que canta el paisaje que le vio nacer o cualquier otro adonde le llevó el amor por el conocimiento de la geografía nacional está también cantando a la patria, haciendo patria, aunque no la exalte o la mencione de un modo específico. El mismo concepto es válido para todo creador. El 98 y España son sinónimos, y su españolidad se hace patente con su denominación. Ahora bien, creo que la validez de esta afirmación se basa en el estudio del profesor Laín y quiero hacer constar que la idea no resta ningún valor al libro, ya que, al contrario de lo que parece indicar su autor, este no está sólo basado en la hispanidad de los del 98.

La tesis es sólo el fundamento del que parte el historiador-biógrafo, pero el proyecto llevado a cabo se extiende, y en él se incluyen todos los temas de importancia que ocupan el pensamiento de los hombres cuya labor estudia, hasta el extremo que será difícil trazar una «biografía generacional» más completa. Quizás el profesor Laín estaba en el año 1945 muy preocupado, y con razón, por España y esto le llevó a encauzar su investigación hacia esos parámetros, hacia esa cima. Terminado el libro, le escribe a su amigo y compañero de anhelos Dionisio Ridruejo una carta que le sirve de prólogo y en la que insiste en el tema. Iniciando un círculo, que ya hemos visto como termina, le dice: «En el estudio del parecido generacional he dirigido mi atención muy preponderadamente al que existe entre todos ellos por su condición de españoles y he abandonado con exceso al que les distingue por su condición de literatos».⁴ Yo me pregunto: ¿Pero qué otra cosa podía hacerse? No tiene por qué pedir excusas el historiador. El objetivo queda cumplido con creces y la tesis probada tanto como probarse

² *Ibidem*, p. 453.

³ *Ibidem*, p. 453.

⁴ *Ibidem*, p. 14.

pueda. Se intenta el trazado de «una biografía del parecido generacional» y no un estudio literario, y en mi modestia me atrevo a decir que ni el profesor Laín ni nadie podía dibujar una «biografía generacional» del 98 si no era basando sus apuntes en el tema de España. Otro empeño hubiera sido inútil; y esto me hace abundar en el pensamiento antes expuesto sobre la españolidad del «98». Las coordenadas que rigen el ideario de los hombres del 98, exceptuando su gran amor a la patria, son distintas y no es fácil compaginar dioses tan distintos como los de Unamuno y Baroja o visiones del amor tan alejadas como las de Azorín y Machado. Lo común era España y su circunstancia; el desastre, y de él tomaron su nombre y a enmendarlo dedicaron su anhelo y sus esfuerzos. Bajo esta impronta se agruparon. Hubo otras cosas comunes, pero como ya he dicho, tampoco el profesor Laín las ignora.

En cuanto a *biografía* (entre comillas) creo que consiste en un verdadero acierto del autor. Efectivamente, es una biografía (sin comillas), la que traza el historiador, una extraordinaria biografía de la generación del 98, en la que sin apenas datos cronológicos o anécdotas más o menos significativas (casi siempre menos) se nos entrega un magistral dibujo fina y perspicazmente trazado con las líneas decisivas que informan el pensamiento y el espíritu de aquellos hombres. La comprobación de la similitud de sus ideas, de la equivalencia de su filosofía, (determinante de su conducta), de sus sentimientos y de su expresión, un proceso creador común, la unisonidad temática, la misma actitud crítica representada por el rechazo unánime de lo que a ninguno de ellos les place, un proyecto similar, un sueño compartido ante el reto adverso, constituyen una biografía en la que se alcanza el objetivo a pesar de que la meta propuesta sea muy alta. Y la «vida» de la generación, al igual que la «vida de Don Quijote y Sancho» (creo que hay una similitud), llega hasta nosotros siempre llena de interés, penetrante y profunda con lógica claridad, alcanzando la culminación del proyecto. No es función vicaria la del erudito. Debo también mencionar que el profesor Laín se sirve para su estudio de un estilo que es el vehículo más adecuado para transmitir el resultado de su meditación. El dominio del castellano y la economía de medios lingüísticos, consigue que la vida espiritual del 98, llegue hasta el lector de manera apasionante y directa, sin que decaiga el interés en una sola de sus páginas.

Tal vez lo dicho nos ayude a definir lo que será el contenido de este trabajo. Esta biografía generacional sólo se puede trazar basándose en el hecho de que los biografados fueron un grupo de hombres con ideas básicamente homogéneas y que una serie de características comunes de muy variada índole les definieron, marcando su pensar y su crear y originando una visión igualitaria, de lo que meditan y contemplan. Recopilar estas características constituye mi objetivo primordial, basándome en el libro *La generación del 98* de Laín Entralgo, en la lectura de otros trabajos sobre el mismo tema y en las discusiones sostenidas en clase, siempre enriquecedoras, durante largos años con alumnos de distintas universidades de América del Norte. Después de destacar las que el profesor Laín descubre y estudia, las constataremos con las que nosotros hemos denotado durante todos estos años. Poco habrá que añadir, pero si algo añadimos habremos aportado nuestro granito de arena; en caso contrario, también, pues quedará demostrado que Laín Entralgo, hace cuarenta años escribió un libro cuya tesis no ha periclitado. Queremos hacer patente que nuestra modesta aportación, además de servir como homenaje al director de la Real Academia Española, tiene como propósito

una función docente: el resumen. Resumir facilita la labor del maestro y esto es lo que intentamos, sobre todo en este caso, en el que creemos que es valioso y merecido. No olvidemos que fue Laín Entralgo quien primero levantó el aldabón y lo hizo sonar; después se produjeron las ondas expansivas cuya fuerza radica en aquel aldabonazo.

Firmada la entrañable y emotiva carta a su amigo Dionisio Ridruejo, Pedro Laín imprime sobre la primera página de su libro ocho citas en letra bastardilla, que parecen a dar la tónica del estudio que les precede. Los párrafos, aunque pueden estar relacionados con España, no mencionan de modo específico a la patria. Azorín, Baroja, Ganivet, Antonio Machado, Ramiro de Maeztu, Manuel Machado, Unamuno y Valle-Inclán nos hablan del sueño, del ensueño, de la ensoñación. Sobre el tema insistirá Laín a lo largo de su libro, desarrollándolo en toda su longitud y profundidad hasta llegar a concluir, con obvio acierto, que los hombres del 98 fueron grandes soñadores. Hacemos constar que nos parece una de las características esenciales de la Generación en la que se basa una gran parte de la creación literaria de sus componentes.

El paisaje subjetivo

«Un paisaje y sus inventores» son las palabras que dan título al capítulo primero. El hombre Pedro Laín, en un recorrido por las cercanías de Madrid descubre, mirándolo con los ojos del alma, que el paisaje de Castilla la Nueva es «el paisaje más difícil y esencial de España». En su descripción el escritor logra descifrarlo, y con amor le arranca su secreto. La meseta, su cielo, el pueblo de Fuencarral «acostado como un galgo sobre la gleba», la espadaña de su iglesia, la luz de las cumbres de Somosierra, se rinden a su emoción dramática tamizada por una entrañable delicadeza amorosa que ilumina los ojos del «hijo del 98» hasta conseguir que su corazón se levante en vilo. Drama, ternura, amor, el Cid adusto acariciando la cabeza de una niña abandonada. Decir que el paisaje es esencial y difícil, incluir en él al Cid y tratarlo con emocionada y dramática ternura no es bajo concepto alguno el modo habitual del que se sirve un escritor para la descripción del paisaje. ¿Qué ha ocurrido aquí? Se trata de un paisaje anímico. El autor se apresura a decirlo «un trozo de naturaleza se ha hecho paisaje por virtud de la mirada humana, la nuestra, que le da orden, figura y sentido».⁵ El párrafo justifica el título. Un paisaje no se inventa, se nos da creado, sólo queda observarlo y describirlo. El paisaje no tiene trama, carece de argumento. El 98 cambió las reglas y le dio sentido emocional a la naturaleza. Es decir, inventó el paisaje haciendo su propia lectura, una lectura distinta y personal, de lo que veía. Uniéndolo a los hombres que lo habitaron, a las hazañas que sobre él discurrieron, lo subjetivizó hasta convertirlo en el auténtico héroe de lo que podíamos llamar la novela histórica. La naturaleza castellana, por otra parte, le ayudó, pues poco había que describir en la parva meseta y su pobre geografía se sustituyó por los grandes hechos que un día protagonizaron sobre ella sus habitantes. La lectura del paisaje castellano fue una lectura patriótica y esperanzada; esperanza histórica en el héroe de ayer que se intenta resucitar y esperanza intrahistórica en el héroe de hoy que ha de retornarla a su pasada grandeza. Es el paisaje

⁵ *Ibidem*, p. 25.